

## **EL PADRE DE AGOSTINI Y LA PATAGONIA**

*"¿De Agostini? Lo recuerdo muy bien todavía. Había venido a nuestro instituto para hablarles a los niños acerca de sus exploraciones. Era un hombre alto, delgado, pero la cosa que recuerdo con mayor nitidez era su mirada, siempre en movimiento. Parecía que las cuatro paredes que delimitaban el aula lo hiciesen sentir en una ratonera, y tal vez era exactamente así. Habitado a los grandes espacios, al sentido de ilimitada y salvaje libertad de las tierras magallánicas, él debía sentirse efectivamente incómodo y quizá con el pensamiento se perdía en los extensos bosques, entre los montes y los hielos de la Patagonia".*

Diría yo que es suficiente este brevísimo testimonio de monseñor Gandini, párroco de Seregno y alpinista también él, para hacer una primera presentación del último gran explorador de la Patagonia y de la Tierra del Fuego. Padre Alberto María De Agostini: un misionero salesiano que como ninguno ha sabido fusionar la obra de caridad cristiana con aquella, aparentemente opuesta, del explorador. En esta monografía nos ocuparemos, pues, de uno de los mayores exploradores patagónicos, de sus obras, de sus fotografías documentales y de su montañismo, pero también tendremos la manera de conocer al hombre De Agostini. Y tal vez sea por cierto ésta la empresa más ardua, por cuanto se conoce bien poco de su vida privada.

## **TIERRAS MAGALLÁNICAS: LA PRIMERA EXPLORACIÓN DE DE AGOSTINI**

Inmediatamente después del descubrimiento del continente americano, cuando se comprendió que no se trataba de las Indias Orientales sino de una tierra completamente nueva, se iniciaron los viajes de exploración con el propósito de hallar un paso que permitiese superar el obstáculo y penetrar en el Océano Pacífico. El honor de este descubrimiento corresponde al portugués Fernando de Magallanes, quien, habiendo partido de la península ibérica en setiembre de 1519, se internó en el estrecho que después tomaría su nombre el 10 de noviembre de 1520. Magallanes prosiguió el viaje y entró en el Océano Pacífico, alcanzó las Indias Orientales y perdió la vida en las Filipinas, en un encuentro con las tribus indígenas. La "Victoria" fue la única de las cinco naves que retornó a su punto de partida, el 7 de noviembre de 1522. Era la primera embarcación que había circunnavegado el globo, pero retornaba con tan solo dieciocho sobrevivientes a bordo.

Los años sucesivos vieron aumentar cada vez más la importancia del Estrecho de Magallanes, que fue pronto aprovechado también por Francis Drake, el corsario inglés, para tomar por sorpresa a las colonias españolas del Pacífico. A esta incursión España respondió intentando fundar dos colonias que controlaran el paso, pero por desgracia la iniciativa tuvo corta vida y todos sus habitantes perecieron en el lapso de pocos años.

No obstante esta infortunada iniciativa, tanto Inglaterra como España procuraron obtener el mayor número de informaciones topográficas y oceanográficas con el fin de mejorar su presencia en aquellas latitudes.

Entre 1826 y 1834 el Almirantazgo Británico organizó el primer gran relevamiento de los mares de la América Latina y de la Tierra del Fuego. La empresa fue capitaneada por Philip Parker King y por Fitz Roy sobre las naves "Beagle" y "Adventure". En 1831 se unió a la expedición el célebre naturalista Charles Darwin, quien con Fitz Roy remontó el Río Santa Cruz casi hasta el Lago Argentino. El imponente trabajo de los ingleses iniciaba la era de la colonización y de un más profundo conocimiento de esas tierras.

Bien pocos habían sido hasta entonces los viajes a las zonas no costeras, que permanecían, en la práctica, desconocidas. Constituyen excepción las exploraciones del misionero italiano Nicolás Mascardi y, más tarde, la de Tomás Falkner, quien durante veinte años realizó diversos viajes por el interior. Ulteriores conocimientos de la región cordillerana y de la pampa provinieron del trabajo de otros estudiosos, como Antonio Viedma y Alberto Malaspina, seguidos, a fines del ochocientos, por los argentinos Piedrabuena y Moyano, cuyo aporte al conocimiento de la Patagonia es, sin duda, uno de los mayores en sentido absoluto. Después de Moyano y otros pocos, la historia de las exploraciones de las tierras magallánicas nos toca de cerca porque, a partir de 1910, es también la del padre Alberto María De Agostini.

Alberto María De Agostini nació en Pollone, pequeño pueblo de Piamonte, en las cercanías de Biella, el 2 de noviembre de 1883. Fue ciertamente la feliz ubicación de la región natal, al pie de los Alpes, y la vecindad de Biella, cuna del alpinismo italiano, las que influyeron, desde la juventud, en el ánimo y las preferencias de De Agostini. La pasión por la montaña, por los grandes espacios y las zonas inexploradas creció con él, y ya sobre los Alpes supo destacarse como experto alpinista que acompañaba, junto a la acción, la investigación, los escritos y la documentación fotográfica.

En 1909, a los veintiséis años, consagrado sacerdote en la orden salesiana, abandonó inmediatamente Italia y partió como misionero hacia una de las regiones menos conocidas y más inhóspitas del globo: la Tierra del Fuego. ¿Qué era lo que lo impulsaba hacia allá? Ciertamente, la vocación sacerdotal y las exigencias de su orden, pero también, sin duda, ese espíritu de exploración en el cual apenas se ha mencionado la influencia de su hermano Juan, fundador del Instituto Geográfico que lleva su apellido.

Ya Don Bosco, fundador de la orden de los salesianos, hablaba de aquellas lejanas tierras con conocimientos superiores a los comunes. En sueños había tenido la visión de las riquezas y bellezas naturales aún ocultas en las regiones interiores de la Patagonia y de la Tierra del Fuego. En la obra de exploración de De Agostini podemos entrever por cierto también una voluntad permanente que tendía al propósito de demostrar en forma cabal que el sueño de Don Bosco era verídico, lo que, ante la magnitud del material reunido puede considerarse logrado.

Fue con estos antecedentes que inició una de las más completas obras misioneras que se conozcan: el eclesiástico se conjugó con el antropólogo, con el fotógrafo, con el geólogo, con el etnólogo y con el montañista, y todos estos aspectos, actuando como fuerzas conjuntas, permitieron a De Agostini alcanzar aquella estatura humana y espiritual que todos le reconocen.

El joven sacerdote llegó a Punta Arenas en 1910 y halló a sus hermanos de orden empeñados en la tentativa de sustraer de la declinación y de la destrucción a los últimos núcleos de los indios fueguinos. Desde varios años atrás esa obra era llevada adelante con tesón por el prefecto apostólico de los territorios magallánicos, monseñor José Fagnano. Con gran habilidad diplomática, Fagnano logró obtener el apoyo de las más importantes familias de colonos, los Menéndez y los Braun, pero la situación era ya comprometida y se precipitaría muy pronto. La introducción de la cría de ganado desencadenó la caza del indio y dio definitivamente el golpe de gracia a la cultura indígena. Los salesianos se empeñaron esforzadamente en preservar de la invasión de la cultura occidental a los indios, agrupándolos en misiones adecuadamente construidas, pero la empresa no era fácil, dado que se debía también mantener una buena convivencia con los colonos y con los ricos propietarios que habitaban en los grandes centros.

En este cuadro De Agostini inició su obra, enseñando en las misiones y en los centros salesianos. Tan solo en el tiempo libre se dedicaba a las exploraciones que lo hicieron

tan famoso. No obstante, ese escaso tiempo fue suficiente para permitirle documentar de manera completa todos los territorios magallánicos.

## **DE AGOSTINI ESCRITOR Y FOTÓGRAFO**

Es ahora ya seguro que el sueño de San Juan Bosco, en el cual el santo vió las riquezas y las posibilidades aún no aprovechadas de las tierras magallánicas, influyó no poco en la actividad de De Agostini. Su misión en la Patagonia no consistía sólo en ser pastor de almas: a ello debía sumarse la actividad de exploración, actividad encaminada también a confirmar con datos tangibles el sueño de Don Bosco.

Evidentemente, para hacer esto se necesitaba ser un apasionado de la aventura, alpinista, fotógrafo, escritor. Sin lugar a dudas, estas características se hallaban reunidas en el padre De Agostini. Tenía por coetáneos a numerosos alpinistas-fotógrafos de aquella que se podría considerar la "escuela de Biella", que tuvo sus máximos representantes en Vittorio Sella y en los hermanos Piacenza. Y ya antes de partir para América del Sud había manifestado dotes no comunes de fotógrafo, participando en algunos concursos de temas paisajísticos en Italia, habiendo obtenido también un primer premio. Si bien muy inclinado hacia la fotografía artística, que caracterizó también parte de sus primeras realizaciones americanas (con las cuales participó en concursos fotográficos en Río de Janeiro, Santiago, Valparaíso y Concepción), el salesiano debió renunciar a esta inclinación para dedicarse a la fotografía meramente documental. No fue por cierto una elección difícil, y de cualquier modo era necesaria por cuanto la documentación de tierras y montañas desconocidas ocupaba, por su importancia, el primer puesto. El tiempo físico y meteorológico no permitían, por cierto, entregarse a elaboraciones extravagantes y laboriosas: lo más importante era reunir la mayor cantidad posible de datos, sobre todo desde el punto de vista fotográfico.

De Agostini cumplió en efecto plenamente esta tarea, considerando que sus libros y las fotografías que los ilustran son aún hoy un precioso cofre de informaciones sobre las tierras magallánicas. Junto al voluminoso trabajo fotográfico debemos recordar también dos filmaciones, Tierras Magallánicas y Tierra del Fuego, difundidas tanto en América Latina como en Europa.

Si fotografías y documentales fueron tal vez el instrumento más importante usado por el explorador nacido en Pollone, no debemos con todo olvidar la inmensa obra literaria que se agrega a ellos. Veintidós son los libros y las guías, aun turísticas ("Guía Turística de Magallanes y Canales Fueguinos" y "Guía Turística de los Lagos Argentinos y Tierra del Fuego"), escritos entre 1924 y 1960, ya sea en italiano o en castellano. Ciertamente los más conocidos son "Ande Patagoniche - viaggi di esplorazione nella Cordigliera Patagonica australe", de 1949, "Trent'anni nella Terra del Fuoco", publicado en 1955, y "Sfingi di ghiaccio" ("Esfinges de hielo"), de 1958. Además de los libros existe una increíble cantidad de artículos y ensayos aparecidos en diarios y revistas en Italia, la Argentina y Chile.

En todos estos escritos, la parte de la geografía y las ciencias naturales ocupa un lugar preponderante, hasta el punto de hacerlos parecer por momentos monótonos y tediosos. No obstante, de una más atenta lectura es a menudo posible captar la dimensión humana del autor, su sed de espacios desconocidos, su búsqueda de un mundo todavía incontaminado y primordial, donde la divinidad fuese todavía bien perceptible y mostrase sin velos sus rostros.

La obra escrita, como la fotográfica, constituye un importante testimonio tendiente por entero a mejorar y difundir el conocimiento de las regiones magallánicas, pero en ambas se encuentra algo más, que sin duda las torna más ricas y completas. Este algo es la constante voluntad de confirmar a aquel sueño de Don Bosco que vio: *"...en las vísceras de las montañas, en las profundidades de las llanuras. Tenía en vista las riquezas incomparables de estas regiones, que un día serían descubiertas..."*

## **EL PROBLEMA DE LOS INDIOS**

En muchos textos de De Agostini hallamos un espacio especial dedicado a estudios etnográficos y a consideraciones sobre las condiciones de las tribus indígenas que iban gradualmente desapareciendo bajo el acoso de la civilización blanca. Evidentemente, el salesiano tomaba muy a pecho el problema; él, por lo demás, como muchos de sus hermanos de orden, se hallaba casi impotente frente a la progresiva declinación de esas gentes. En su peregrinar tuvo ocasión de familiarizarse con los representantes de todas las etnias: los onas, los yamanas y los alacalufes de la Tierra del Fuego; los tehuelches y los araucanos de la Patagonia. También en este caso De Agostini se muestra muy capacitado para describir y nos deja precisas apuntes sobre las características antropomórficas de las diversas tribus, sobre sus tradiciones y usos, sobre sus creencias religiosas y vínculos sociales. La obra del misionero reviste en este sentido enorme importancia, pues permite conocer una realidad hoy desaparecida.

La precaria situación de los indígenas y las continuas persecuciones de que eran objeto fueron gran motivo de congoja para el sacerdote, quien por decirlo así se hallaba entre dos estados de ánimo diversos. Por un lado, como hombre de caridad, debía mirar por las poblaciones indígenas: era preciso deber suyo protegerlas y procurar integrarlas de manera lo menos traumática posible en la nueva situación social que estaba imponiéndose.

Por otra parte, empero, De Agostini se daba perfecta cuenta de ser él mismo, junto con la civilización blanca, un perturbador de los equilibrios seculares derivados de un milagroso acuerdo entre hombre y naturaleza. No obstante, no podía tampoco olvidar a sus fieles, los colonos, los mineros y todos los que habían llegado a aquellas tierras en busca de fortuna.

No obstante ello, muy a menudo De Agostini denunció abiertamente los delitos que los estancieros cometían contra los indios y llegó hasta a acusar en un libro suyo a Manuel Senoret, gobernador de Punta Arenas, Este había deportado tribus enteras, empujándolas hacia Punta Arenas con el pretexto de *"sustraerlas de la miseria y asegurarles el alimento y el vestido de que carecían. La responsabilidad de estas guerras de exterminio contra los onas recae en gran parte sobre el gobernador Senoret... Para proteger los intereses de algunos... y también para oponerse a los misioneros salesianos que él habría querido expulsar de la isla de Dawson, de la cual codicia los bosques y los pastos, favoreció la más indigna de las persecuciones. Expuestos casi desnudos por las calles de la ciudad, los indios fueron distribuidos entre cuantos los requerían (remate de indios) sin tener en cuenta los antecedentes de tales solicitantes..."*.

Este no es sino el episodio más significativo de la lucha de De Agostini en favor de los indios, lucha verdaderamente difícil y perdida de antemano. En sus escritos todavía leemos: *"Los pastores, en gran parte anglosajones, eran quienes veían en los indígenas el mayor impedimento para la propagación de sus rebaños, y de allí la caza sin piedad a que se los sometía como si fuesen animales feroces. El inglés Sam Jslop*

*se vanagloriaba hasta de usar correas fabricadas con la piel de los indígenas, que obtenía de las espaldas de estos infelices. Otro terrible perseguidor de onas fue el escocés Mac Lennan, administrador de la estancia 'Primera Argentina'... Para gloriarse de sus nefandos exterminios, equiparaba el número de sus víctimas con el de los whiskies que había bebido, y que no debían de ser pocos porque se hallaba en perenne estado de embriaguez. Dado que los indígenas, para así mitigar el hambre, se cebaban sin repugnancia en los animales que encontraban muertos por el campo, los pastores envenenaban grandes trozos de carne con estricnina para triunfar más fácilmente en su inicua campaña".*

Concluamos este capítulo también con algunas consideraciones de De Agostini a propósito del problema indígena. *"También aquí, como en el Lejano Oeste, como en la Pampa y en el Chaco, la suerte de los indígenas estaba inexorablemente marcada; también aquí, la idéntica historia de todas las colonizaciones... En este triste y rápido declinar de la raza fueguina les correspondió a los misioneros salesianos la noble aunque ingrata tarea de defender al indígena contra el blanco, al débil contra el pionero audaz e inteligente, ávido de lucro, al cual sonreía una fácil e inmensa fortuna en la conquista de esas tierras, hasta entonces dominio absoluto de los onas... Ya no escucharán más las selvas vírgenes, en la quietud profunda de una noche lunar, las antiguas leyendas del héroe Kuanip, hijo de la montaña roja, y de su infortunada esposa, la graciosa Oklta, transformada en murciélago. El koliot (forastero), venido de regiones lejanas, sediento de riquezas y dueño de armas mortíferas, ha cumplido con rapidez su obra nefasta, destruyendo para siempre la felicidad secular de esta raza primitiva, que desde hacía siglos vivía solitaria e inocua en la más singular región de la tierra".*

No obstante su avanzada edad, De Agostini continuó trabajando activamente, reordenando sus estudios y pensando siempre en las tierras patagónicas. Le había quedado el deseo insatisfecho de conquistar la cima del Sarmiento, pero también esto debía ser alcanzado por su tesonera voluntad: fue De Agostini, ya viejo, quien guió la expedición italiana que en 1956-57 conquistó la cima con Clemente Maffei y Carlo Maun, grupo que después escaló el Monte Italia. Vuelto a Italia, donde a menudo solía pasar los meses que en la Patagonia eran menos buenos, el padre De Agostini murió el 25 de diciembre 1960 en la Casa Matriz de los Salesianos de Turín.